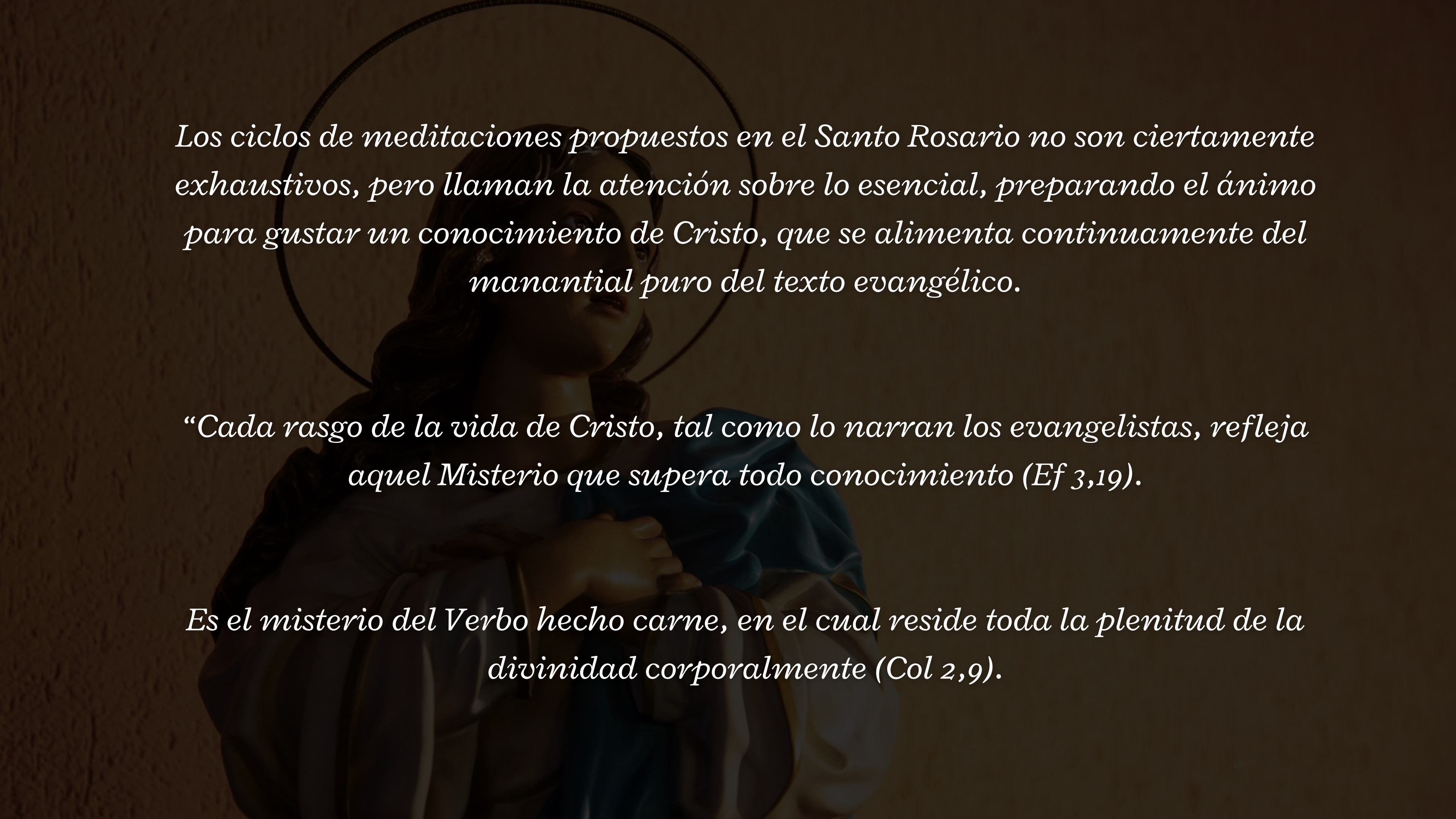


ROSARIUM VIRGINIS
MARIAE
VIII.
DE LOS MISTERIOS AL
MISTERIO: EL CAMINO DE
MARÍA

FR. IVÁN FERNANDO MEJÍA O.P.





Los ciclos de meditaciones propuestos en el Santo Rosario no son ciertamente exhaustivos, pero llaman la atención sobre lo esencial, preparando el ánimo para gustar un conocimiento de Cristo, que se alimenta continuamente del manantial puro del texto evangélico.

“Cada rasgo de la vida de Cristo, tal como lo narran los evangelistas, refleja aquel Misterio que supera todo conocimiento (Ef 3,19).

Es el misterio del Verbo hecho carne, en el cual reside toda la plenitud de la divinidad corporalmente (Col 2,9).

Por eso el Catecismo de la Iglesia Católica insiste tanto en los misterios de Cristo, recordando que todo en la vida de Jesús es signo de su misterio.

El Rosario promueve este ideal, ofreciendo el secreto para abrirse más fácilmente a un conocimiento profundo y comprometido de Cristo.

Podríamos llamarlo el camino de María. Es el camino del ejemplo de la Virgen de Nazaret, mujer de fe, de silencio y de escucha.



Es al mismo tiempo el camino de una devoción mariana consciente de la inseparable relación que une a Cristo con su Madre: los misterios de Cristo son también, en cierto sentido, los misterios de su Madre, incluso cuando ella no está implicada directamente, por el hecho mismo de que Ella vive de Él y por Él.

Haciendo nuestras en el Ave María las palabras del ángel Gabriel y de Santa Isabel, nos sentimos impulsados a buscar siempre de nuevo en María, entre sus brazos y en su corazón, el fruto de su vientre (Lc 1,42).



MISTERIO DE CRISTO, MISTERIO DEL HOMBRE

En el testimonio ya citado de 1978 sobre el Rosario como mi oración predilecta, expresé un concepto sobre el que deseo volver. Dije entonces que el simple rezo del Rosario marca el ritmo de la vida humana.

A la luz de las reflexiones hechas hasta ahora sobre los misterios de Cristo, no es difícil profundizar en esa consideración antropológica del Rosario.





Quien contempla a Cristo recorriendo las etapas de su vida, descubre también en Él la verdad sobre el hombre.

Realmente, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado.

Siguiendo el camino de Cristo, el cual recapitula, el camino del hombre, desvelado y redimido, el creyente se sitúa ante la imagen del verdadero hombre.



Contemplando su nacimiento aprende el carácter sagrado de la vida, mirando la casa de Nazaret se percata de la verdad originaria de la familia según el designio de Dios, escuchando al Maestro en los misterios de su vida pública encuentra luz para entrar en el Reino de Dios y, siguiendo sus pasos hacia el calvario, comprende el sentido del dolor salvador.

Contemplando a Cristo y a su Madre en la gloria, ve la meta a la que cada uno de nosotros está llamado, si se deja sanar y transfigurar por el Espíritu Santo.

Se puede decir que cada misterio del Rosario, bien meditado, ilumina el misterio del hombre.

Meditar con el Rosario significa poner nuestros afanes en los corazones misericordiosos de Cristo y de su Madre.

Verdaderamente el Rosario marca el ritmo de la vida humana, para armonizarla con el ritmo de la vida divina, en gozosa comunión con la santísima Trinidad, destino y anhelo de nuestra existencia.





Fr. Iván Fernando Mejía O.P.

MUCHAS GRACIAS

**Fuente: Juan Pablo II (2002). Carta Apostólica.
ROSARIUM VIRGINIS MARIAE.**